

# RAMON J. VELÁSQUEZ O COMO APRENDER Y AMAR A LA HISTORIA

---

*Aixa Salas*

---

Los estudios históricos, columna vertebral de la conciencia nacional, han experimentado en los últimos años un cierto auge. Mirando en retrospectiva este alentador fenómeno, veremos que la política desarrollista asumida por el Estado desde hace más de dos décadas, no la consideró nunca material de vital importancia para el crecimiento económico, condenándola al ostracismo social. Sólo ahora es reivindicada, porque los sectores conscientes de la sociedad midieron el efecto nocivo que su desdén producía en una población sin memoria histórica y sin sentido de nacionalidad.

Fácil presa de la seducción material e ideológica de las sociedades industrializadas, el venezolano, nadando en la abundancia, olvidó sus héroes, sus luchas, y sus remotas pero aún vigentes necesidades espirituales. De esa manera, mientras otras naciones consolidaban su economía con recursos

más modestos, e, igualmente, defendían su historia y sus fronteras, Venezuela, rebotante de dólares, desconocía la importancia de la palabra "necesidad", y despilfarraba sus recursos, su territorialidad y sus valores.

Pero siempre hay conciencias lúcidas y espíritus preocupados. La Historia, tirada al desván de los recuerdos, tuvo ojos que buscaron en la oscuridad y manos que la rescataron. En las aulas universitarias se estudiaba y discutía. En las bibliotecas, individuos solitarios, pero fervorosos, leían historia. Profesionales universitarios, académicos, investigadores y aficionados, revisaban archivos, estudiaban documentos, y escribían. Intelectuales de distintas tendencias, de ideologías antagónicas, la mantenían viva, aunque fuera en cerrados sarcófagos.

Ahora revive. Casi eliminada de los programas de la escuela primaria y secundaria, apenas algunos protestaron y sus voces fueron acalladas por la triunfal carcajada del desarrollismo. Fue necesario que se vaciaran las arcas del país, que se amenazara su territorio y su soberanía, para que la conciencia adormecida despertara. Entonces comprendieron la obligación de volver al pueblo, es decir, a la Historia, para salvar al país. De nuevo incorporada al estudio escolar, la Historia fue asentando su majestad de dueña y señora del tiempo, del autoconocimiento y del devenir.

Poco a poco surgieron sus cultores. Desde los más remotos hasta los más recientes. Aunque la Historia no da dinero, da personalidad y ubicación a un pueblo. Y el venezolano, desorientado, amenazado en su existencia individual y social, traicionado por sus dirigentes, busca una explicación a su desarraigo. Sólo la hallará volviéndose hacia sus raíces. ya no quiere desandar más en un tiempo y un espacio indefinidos.

Resurge la historia romántica, la tradicional, la académica, la social, la narrativa, la política, todas apuntando hacia un objetivo, ahora vital y trascendental: conocernos a nosotros mismos como pueblo y como seres en los cuales la historia encarna en una dimensión particular.

Durante más de una década el marxismo suplantó a la Historia particular de los pueblos por el esquema generalizador del materialismo histórico y el materialismo dialéctico. La Historia se desdibujó en la estructura y la superestructura, y quien no compartiera esta posición era un idealista de la burguesía, anatema intolerable para las jóvenes generaciones latinoamericanas de los años 60, y para más de un intelectual de sólida formación.

Pero no faltaron los que, haciendo caso omiso de tal aseveración, escudriñaron el hecho histórico en sus primeras causas y en sus últimas consecuencias y lo expusieron a la luz esclarecedora de la ciencia, encuadrando al hombre dentro de una estructura clasista, ni los que, sin desdeñar estos factores fundamentales para la interpretación histórica, rescataron al hombre de esa fatalidad sociológica y lo ubicaron en un primer plano.

A esta última tendencia pertenece Ramón J. Velásquez, hasta ahora obviado por los profesores de Historia de nuestra Universidad. ¿Qué criterios pesan para discriminar a un historiador de tal magnitud? Tal vez criterios puramente ideológicos. No es marxista, ni tradicional, ni científicista, lo que disgusta a unos y otros. Sin embargo, su obra no carece de autenticidad histórica. En nuestra Escuela de Historia, esta carrera se convirtió en marxismo, en estructuralismo, en positivismo, en funcionalismo, y en las variadas combinaciones a que da lugar la fusión de una y otra tendencia. es decir, la

Historia, por su manifiesta misión de interpretar el pasado, como camino que conduce a la clarificación del presente y del futuro, fue materia que tomaron para sí las distintas doctrinas del capitalismo y del socialismo comunizante, diseñando los unos una Historia de pesado concretismo científico, y los otros una historia abstracta, generalizadora e ideologizante. En todo caso, parece ser que la Historia es usada a veces como material propagandístico que proyecta a las masas una interpretación que sólo interesa a las élites dirigentes, cualquiera sea su signo.

Parece también, que fue condenado al ostracismo universitario porque su obra carece de disciplina metodológica. Nada más incierto. La denominada historia social es extraordinariamente útil para revelar los secretos mecanismos que manejan los dueños del poder y de los medios de comunicación, incluyendo la educación. En este aspecto, la historia social cumple su cometido de manera incuestionable. Pero eclipsa al hombre como ductor, creador, protagonista o testigo de la historia. Antes, las estructuras sociales. Magistral observación, pero limitada y abstencionista. Es la historia como ciencia y como método, pero sin el aliento vital que le insufla la acción del hombre, ubicado en un contexto cultural. Por eso es una historia para especialistas, no para las multitudes que, al decir de Ramón J. Velásquez, "pueblan las calles". No olvidemos sus palabras: "... la historia es camino, espejo y mensaje".

Así, la historia se abre al entendimiento y disfrute del hombre común, de todo aquel que quiere conocer sus raíces étnicas, su acontecer, su cultura. La historia como producto de la pasión humana y de la reflexión que ésta suscita. Si el individuo, tocado por el genio militar, político, diplomático o religioso, o por la providencia, no existe, la Historia es un

recuento seco de acontecimientos, una cronología insípida, y, tildándose de científica, la más acientífica y tediosa de las disciplinas. Es el hombre, ubicado en el centro del tiempo y del espacio, coronado por las multitudes, quien edita la historia y la hace memoria palpitante, impulso vital, discernimiento y conciencia.

No es carecer de método estudiar el hecho histórico en documentos o testimonios directos y exponerlo, en estilo poético, veraz y apasionado, a la viva curiosidad de quien ansía comprenderla. El hecho está ahí y hay que contarlo. El lector no es sólo un ente discursivo que necesita ser convencido mediante análisis rigurosos. Es un ser vivo que participa con su inteligencia, su imaginación, sus entrañas y su conciencia.

Y por este rumbo camina Ramón J. Velásquez, escritor, periodista, político, abogado e historiador. Hombre inquieto y de múltiples aptitudes, crea una historia sin ataduras ideológicas con los esquemas filosóficos antes mencionados. Una historia atada, sí, al pueblo, a la tierra, a la gente. Y esa es historia viva.

¿Qué hace que la historia escrita por este pensador sea tan hermosa, apasionada y persuasiva? Primero, pensamos que es una historia profundamente sentida. No es escrita por un político que busca en ella la justificación de sus ideas e intereses, o la explicación de una ideología. Tampoco está escrita por un romántico que exalta las figuras y los hechos heroicos, ignorando las referencias molestas. No se encuadra dentro de criterios aparentemente científicos, pero sostenidos por prejuicios e intereses de clase, como el positivismo, el liberalismo y todas esas doctrinas ubicadas dentro del campo desarrollista. Es un historiador puro, intuitivo y documentado que siente y ama la historia de su país, y que la devela con sinceridad,

pasión e integridad. Un profesional de la historia dotado del poder de amarla y transmitirla, con la misma vehemencia, a sus lectores. Y, a pesar de ese fervor, es también objetivo, de una gran seriedad. En sus líneas, el lector comprende sin necesidad de arduas explicaciones. Capta el hecho, lo siente y lo deposita en lo más profundo de su memoria, de su ser. Se hace un amante estudioso y reflexivo de esa musa guerrera y sutil que es la historia. Es como un taumaturgo. Todas las cualidades y aptitudes de un estudioso, de un investigador, de un filósofo. No se conforma con narrar los hechos (siendo un magnífico narrador), sino que los enfoca desde distintos ángulos. Se torna en escritor por la certeza en la elección y descripción del hecho, y por su prosa ágil, vigorosa, poética; en antropólogo, cuando busca las raíces culturales de un pueblo, y con ellas, la razón de ser de sus hechos y sus hijos; es sociólogo cuando, sin caer en el marxismo, estudia la conformación de las clases sociales, y las secretas razones que, tras la fraseología, motivan sus actos; es psicólogo cuando, tomando como vértice a un personaje de relieves históricos, lo hace hablar con el lector y lo descubre ante él; es un periodista por su sensibilidad, por la manera de olfatear el hecho, y por las técnicas que a veces aplica en la escritura de un libro. Y es profunda y tremendamente telúrico porque traza, con singular maestría, la identificación existente entre la geografía y los hombres que nacen y viven en ella.

Así cuando habla en su artículo “una gran polémica de nuestro siglo”<sup>1</sup> del paralelismo que puede establecerse entre un habitante de las pampas argentinas y otro de los llanos venezolanos, por la ilimitada geografía que los rodea, dice, sin embargo que son diferentes, pues: “Por las trochas de las pampas pueden andar a esta hora, del brazo, Florentino Coronado y Martín Fierro. Las diferencias son engendradas por la

textura de dos paisajes diferentes. Porque si ambos personajes están frente a un mismo llano ilimitado, si en uno alza el ombú su verde campana de trinos nuevos y en el otro el samán, la conciencia que la tierra forja en cada uno es distinta y el espíritu telúrico de ambos es diferente”.

Sentido telúrico y visión antropológica se juntan, en sabia amalgama, para comprender el acontecer humano en su ámbito natural y cultural.

Como sociólogo que admite la división de una sociedad en clases, cada una con ideología e intereses definidos, dirá: “Las oligarquías que gestaron la guerra contra la corona buscarán asumir el control del Estado. Las clases pudientes, herederas de la cultura colonial, no se resignarán a perder el papel ductor que han asumido y procurarán crear barreras a los desbordamientos populares. Su único propósito gubernativo es restaurar las arruinadas economías regionales”<sup>2</sup>.

Estos rasgos resaltarán en sus novelas históricas **Confidencias Imaginarias de Juan Vicente Gómez** y **La Caída del Liberalismo Amarillo**. En la introducción de la primera explicará las razones del acendrado regionalismo prevaleciente en la Venezuela post-independentista, y cómo los caudillos, forjados por la rudeza de su medio natural y social, lograrán atraer el fervor de las masas porque, siendo iletrados (y con un mensaje político difuso), eran también valientes, astutos y maliciosos, cualidades con las que se identificaban las masas incultas. No así los hombres preparados, los “doctores”, quienes gozaban del aprecio y respeto de todos, pero no de esa necesaria empatía que identifica y vincula a las masas con un líder.

El estudio que este eximio historiador hace del regionalismo venezolano es profundo y certero. Después de explicar cómo

la difícil geografía y la carencia de vías de comunicación impidieron el intercambio comercial entre las provincias, y como éstas desarrollaron sus economías en su interrelación con otros países, con los que se comunicaban por vía marítima o fluvial, pasa a explicar que este hecho impidió, también, el mutuo conocimiento, generándose entre los habitantes de una y otra región el recelo y la desconfianza, las que se expresaron muchas veces de forma agresiva (en especial entre fines del siglo XIX y principios del XX). Este regionalismo lo define Velásquez como "la expresión de una realidad social, geográfica y económica".

Este fenómeno social favorecerá el que los caudillos, una vez alcanzando el poder, prefieran rodearse de gente de su lar nativo.

Como sicólogo que dibuja la personalidad de un caudillo, un héroe o un mártir, tenemos lo que opina Teodoro Petkoff respecto a la sicología que traza de Juan Vicente Gómez: "Uno 'siente' que así debía ser aquel enigmático tirano. Velásquez parece haber calado la sicología del personaje y la de las gentes de su entorno social y cultural. Creo que nos ha dado una notable visión sobre el poder político, sus miserias, y también -¿por qué no? sus grandezas"<sup>3</sup>.

Así mismo, en la novela **la Caída del Liberalismo Amarillo**, el cuadro de un revolucionario romántico e idealista, que es sacrificado a temprana edad, no sólo es trazado con magistral realismo, sino que simboliza el sacrificio heroico e inútil de un hombre que, como muchos otros, ha ofrendado su vida en una lucha hermosa pero destinada al fracaso.

Son estas virtudes, las de poseer una especie de cosmovisión social y antropológico del entorno y de los acontecimientos, las que hacen de Ramón J. Velásquez un historiador agudo, de



claro ingenio, de gran creatividad y profundidad reflexiva, las que le permiten crear una historia densa, emotiva y bella. Una historia vivida y sentida por el autor, y por el lector.

Intuición, imaginación, creatividad, reflexividad, estudio y sensibilidad son las aptitudes, entre otras, que modelan a un escritor que ama la historia. Un escritor fino, seductor y contundente, que nos ofrece una prosa clara, sin ditirambos ni barroquismos, y en un estilo ameno y ágil. Un escritor que, en sus novelas históricas, va más allá de la escueta presentación del sujeto para penetrar en la laberíntica densidad de su personalidad y las secretas pasiones de su alma, así como traspasar la apariencia de un hecho para llegar hasta su compleja trama.

De estas aptitudes de Velásquez dirá Jesús Sanoja Hernández: "Las confidencias son así la edificación psicológica de un fenómeno político, el esplendor y crisis del caudillismo, el estudio sociológico de la dictadura consolidada, aunque no aparezca cifra alguna, y el largo cuento de un personaje estremecedor en su frialdad. Salvo breves intervenciones de Velásquez en plan de narrador, cumplidas en aras del artificio de la entrevista, toda la relación es un monólogo" <sup>4</sup>.

Historiador documentado, crítico y objetivo. Así, estudia al sujeto en su raigambre telúrica, en su circunstancia social, en su psicología y su espiritualidad, y narra la historia de acuerdo a los dictados de las fuentes escritas y orales, con gran estima por la fidelidad del testimonio.

Refiriéndose al liberalismo y su difusa ideología, signada por la demagogia del caudillo de turno, dirá: "...todos estos movimientos tendrán una sola bandera, la del liberalismo. Llámese federalista, amarillo, republicano, histórico o nacionalista. Existe una organización rudimentaria que alcanza

hasta la última aldea, pero más que una maquinaria organizativa, para hablar en términos del siglo XX, el liberalismo es un sentimiento igualitario, una clave que concentra profundos sentimientos reivindicatorios”<sup>5</sup>.

Igualmente, cuando explica el significado de las guerras civiles en una población miserable y explotada, dirá que estos hombres “...no tendrán la menor conciencia clasista entendida dentro del esquema de la dialéctica marxista, pero era indudable que para ellos la guerra civil era el metro de la igualdad social, la hora distinta, el día del cobro de las cuentas atrasadas...”<sup>6</sup>.

Por eso afirmamos que la historia escrita por este insigne investigador es una historia viva, y es también objetiva. En este sentido, dirá Manuel Malaver: “Velásquez narra con singular colorido la descomposición de la oligarquía guzmancista, o liberal amarilla, de finales de siglo. Al efecto, no especula, no elucubra, sino que deja que los hechos hablen por sí mismos. Trae documentos, citas, anécdotas...”<sup>7</sup>.

Por esto, dirá Ramón J. Velásquez: “He tenido gran celo en la consulta de las fuentes documentales, y en comparar a lo largo del tiempo, las diversas versiones que circulan sobre un mismo suceso, y dentro de la mayor fidelidad a los testimonios de la época, trato de trasladar la escena en las exactas dimensiones”<sup>8</sup>.

¿Y qué dice nuestro hombre de la Historia?: “La Historia es un modo de interpretar el acontecimiento mediante el análisis documental y la propia experiencia con el propósito de intuir, en cuanto sea posible, el proceso social, político y económico de un país”<sup>9</sup>.

De este modo, concluye en su libro **La Caída del Liberalismo Amarillo**: “El propósito que me anima a escribir estas

páginas fue muy simple. Lograr que el hombre de la calle, el venezolano que no llegó a la universidad, el compatriota que no tiene oportunidad de sumergirse en eruditos volúmenes, pudiera mirarse en el espejo de la historia. Quería conversar con las gentes más sencillas, en días de forzado silencio, recordar escenas, redibujar las figuras de algunos de los actores en el drama de la lucha venezolana por la libertad”<sup>10</sup>.

Una vez evaluado su valioso aporte a la Historia venezolana, así como sus otras actividades, concluimos este trabajo haciendo valer que, en efecto, Velásquez es un historiador notable cuyas obras deben ser consultadas por todos aquellos que quieran conocer nuestro pasado en argumentos plenos de vida, de fuerza y realidad, de poesía, de pasión por el país y por aquellos hombres que, equivocados o no, han ido tejiendo la trama de la historia, dejando una estela, a veces trágica, a veces gloriosa, pero siempre contemplada por los ojos de quienes aman este suelo, y juzgada por sus conciencias. En verdad, leer sus obras es entrar en la historia del país y es darle la mano a un gran hombre.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Rev. Política: “Una gran polémica de nuestro siglo”, p. 49
- <sup>2</sup> Idem, p. 55.
- <sup>3</sup> Teodoro Petkoff: “Cartas al Autor”, p. 227, en **Juicios sobre dos obras de Ramón J. Velásquez**.
- <sup>4</sup> Jesús Sanoja Hernández: “Juan Vicente Gómez en primerísima persona”, Ibidem, p. 125.
- <sup>5</sup> Ramón J. Velásquez! “Explicación”, p. XXIII, en **La Caída del Liberalismo Amarillo**.

- <sup>6</sup> Ibidem, "Introducción", p.p. 16-17, en **Confidencias Imaginarias de Juan Vicente Gómez**.
- <sup>7</sup> Manuel Malaver: "La tragedia del hombre común", en **La Caída del Liberalismo Amarillo**, p.p. 25-26.
- <sup>8</sup> Julio Febres Cordero: "La Caída del Liberalismo Amarillo", p.p. 44-48, en **Juicios sobre dos obras de Ramón J. Velásquez**.
- <sup>9</sup> Ramón J. Velásquez: **Individuos de Número**, p. 23
- <sup>10</sup> Ibidem, "Explicación", en **La Caída del Liberalismo Amarillo**, p. I.

## BIBLIOGRAFÍA

Velásquez, Ramón J.: **Confidencias Imaginarias de Juan Vicente Gómez**, Edic. Centauro, Caracas (Venezuela), 7ª edición, 1980, p. 522.

\_\_\_\_\_. **La Caída del Liberalismo Amarillo, Tiempo y Drama de Antonio Paredes**, Talleres de Cromotipo, Caracas, 2ª edición, 1973, p. 294.

\_\_\_\_\_. **Individuos de Número** (Col. Estudios, Monografías y Ensayos), Academia Nacional de la Historia, Edic. Italgráfica, Caracas, (Venezuela), 1981, p. 60.

Ediciones Centauro: **Juicios sobre dos obras de Ramón J. Velásquez**, Avila Arte Impresiones, Caracas, Venezuela, 1987, p. 420.

## HEMEROGRAFÍA

Velásquez, Ramón J.: "Una gran polémica de nuestro siglo".

Rev. Política, No. 6, febrero, Caracas, 1960, p. 132.

SANIN: "El Presidente Velásquez", El Nacional (Palco de Sombra), Crónicas, 7-5-93, p. A-5.

BARROETA LARA, JULIO: "Diógenes encontró a Ramón", El Nacional, (Pasos de Duende), Crónicas, 3-6-93, A-5.



